



HISTORIOGRAFÍA  
La idea  
de América

Página 3



CONTRATAPA  
*Dados, Irene y la  
poesía cruel*, un relato  
de Luis Soto

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 85 | JUEVES 25 DE JULIO DE 2013



Una biografía de

Alberto

Ger  
chu  
noff

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Quién mató a una chica de 15 años que desapareció de una pequeña ciudad una noche de agosto de 1975 es el dilema que plantea *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, una novela policial y romántica del escritor suizo Joel Dicker que, además de obtener distintos galardones como el Goncourt des Lycéens, se ha convertido en un boom literario que lleva vendidos casi un millón de ejemplares y

derechos de traducción ya otorgados a 33 idiomas. La obra de Dicker, un escritor nacido en 1985 que debutó en el mercado editorial con *Los últimos días de nuestros padres*, apareció en las librerías francesas y suizas en agosto del año pasado en simultáneo con *Una vacante imprevista*, el primer libro para adultos de la británica J. K. Rowling, la autora de la saga de Harry Potter.



## Una biografía de

# Alberto Gerchunoff



MARIO GOLOBOFF

Lo primero que habría que decir en este comentario del útil y excelente libro de Ricardo Feierstein (Alberto Gerchunoff, el argentino más judío, el judío más argentino, Buenos Aires, Capital intelectual, 2013), aunque parezca obvio o redundante, es que Alberto Gerchunoff es un escritor argentino, profundamente y auténticamente argentino, subrayaría. Y que sus textos se inscriben, por su vuelo descriptivo, por la elaboración y síntesis de sus personajes, por su vigencia poética y por su lenguaje, en la mejor línea realista de la tradición literaria de nuestra literatura.

Por eso, se ha leído hasta hoy el libro fundamental de Gerchunoff, *Los gauchos judíos*, como toda narración realista, cual un texto (en verdad, más bien veintiséis textos o, como modernamente podrían llamarse, microrrelatos) que refleja lo cierto de la inmigración judía en la Argentina, sus problemas, sus logros, el proceso de integración (creo yo que exitoso a pesar de las dificultades y de las oposiciones) de judíos europeos, asiáticos y africanos en la vida y la sociedad argentinas. En la bíblica tierra prometida que el autor y sus padres traían ya en su cabeza desde la expulsión Rusa zarista. Se lo ha leído, así, más bien como un libro sociológico, quizás antropológico, histórico, filosófico y hasta político, pero poco, a mi parecer, como un material predominantemente literario, en el que, como tal, hay bastante más de creación y de invención que de representación de la llamada realidad. Basta empezar, me parece, por el título mismo y por el término primero de esa dupla casi en oximoron (la figura de la paradoja aparece) que asienta. ¿Qué unicidad, qué realidad tiene ese "gaucho" así enunciado en un título? ¿Qué realidad fuera de la literatura?

Vasto emblema que recorre la literatura argentina desde las afir-

maciones perentorias e incontables de su omnipresencia hasta la boutade de Macedonio Fernández según la cual el personaje, el gaucho, no sería más que "un invento de los poetas para entrener a los caballos de las estancias". Por otra parte, la historia del país se ha encargado de desdibujar la figura: si bien es cierto que la palabra gaucho consta en dos comunicados del Libertador José de San Martín cuando se refiere a las fuerzas bajo su mando, también lo es que la Gaceta oficial la tradujo por "patriotas campesinos", atenuando desde los inicios de la vida nacional independiente la resistencia de las élites gobernantes para admitir un vocablo de connotaciones bárbaras, o quizás la prelación en las acepciones de la rebeldía. Es plausible pensar que, antes de promediarse el siglo, y a juzgar por el tratamiento que la oligarquía daba a la peonada, en el interior y federalista, se usaran el término como crítica metafórica, bastante suave de todos modos a tenor de otras caricaturas de la época. El hecho es que, a mediados de los '80 del siglo XIX, Vicente Fidel López en su Historia

de la República Argentina adujo que el gaucho "no existe ya: es hoy para nosotros una Leyenda de ahora setenta años".

Con tales antecedentes, no es raro que las letras se hayan sentido más libres para describirlo. Más libres para inventar y más contradictorias. El resero que, por *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes (1926), es honestísimo, dócil, hábil y trabajador, sin abandonar esos méritos, recorta en *El inglés de los güesos*, de Benito Lynch (1924) otras características, como las de ser primitivo, taimado o vulgar, y si en *Los gauchos judíos*, de Alberto Gerchunoff (1910), por explicable y explícitas diferencias del autor a la integración, reviste nobleza y valentía, generosidad y hospitalidad, en los cuentos de Fray Mocho, de tiempo antes, el campesino, mudado al Litoral, adonde su imato nomadismo lo ha llevado, puede ser nombrado el genio de los cuatro y contrabandista (sea de dicho no tan de paso, como el que

mató al padre del pequeño Gerchunoff recién llegado a la colonia de Moses Ville).

Y hasta el mismo Gerchunoff, en texto de los años 20, que cita oportunamente Ricardo Feierstein, escribe: "Cuando los nacionalistas hablan del gaucho y del indio se deslizan por las superficies imprecisas de la poesía. Se valen de las dos individualidades desaparecidas en el tumulto del progreso argentino como ornamento retórico".

La vida, pues, parece haberido confundido con la literatura, tanto como para que ciertos personajes reales se hicieran literarios, y ciertos literarios adornaran la realidad de sobremesas, fiestas, carnavales, reuniones en clubes y círculos criollos. Puede suponerse, empero, que de los primeros cosas criollos, de Juan Moreira, de muchas y definitivas páginas del *Marín Fierro*, y de personajes del siglo XIX, como los inmigrantes Hormiga Negra, o varias veces compuestos como Santos Vega, surgía una clase de hombres perseguidos, manoseados por la autoridad, golpeados por la injusticia o por la adversidad, ya quienes

esas situaciones llevaron a la rebeldía, a la deserción de los ejércitos o al enfrentamiento de las instituciones y sus postulados más elementales. Hombres en quienes las huellas del pasado, vividas como estigmas, mantenían frescas y aún permeables las pieles a las afirmaciones de Ezequiel Martínez Estrada, quien, definiendo al hijo de la Conquista en nuestras tierras, escribió: "El padre pertenecía a los invasores, se iría; la madre a los vencidos, moriría; pero el era el pueblo que iba a quedar".

Esta falta de una definición unívoca, algo más racional, científica, no hace más que demostrar la preeminencia de lo literario, de lo mítico, en la conformación de la conciencia nacional de un pueblo. ¿De cuál de todos estos gauchos nos habla Gerchunoff? ¿De esa conformación caleidoscópica a la cual ayudó, también y mucho, el mismo Alberto Gerchunoff? Explica muy bien Ricardo Feierstein esa paradoja que viene desde el título. Que para él es una paradoja doble, porque no solo opone dos términos aparentemente excluyentes sino que se agudiza en su interior, ya que el aporte judío viene en aras de una agricultura estable y sedentaria, y el gaucho, si algo representa en la simbología popular, es la andanza, el nomadismo, el traslado permanente, la no atadura al solar pequeño del cultivo sino al inmenso de la pampa y de la hacienda. Y también traza bien el arco que va en las ideas del autor desde la inicial de integración, sostenida a lo largo de las primeras décadas del siglo pasado, a la idea de una defensa más amurallada ante el antisemitismo creciente con el fascismo y el nazismo, hasta la adhesión a la solución sionista del problema judío y el establecimiento del Estado de Israel, "donde su actuación personal y literaria modificó, completó y hasta en algún aspecto negó ese libro inicial".

También este libro, no menos literario, de Ricardo Feierstein, me parece importante destacar, subraya los aportes de los judíos a la agricultura, a la vida nacional y, en el campo de entones, señala algo muy interesante sobre el carácter de los pobladores y los trabajadores. La idea que campea en la obra de Gerchunoff de la sole-

## “EN EL MOMENTO DEL PÁNICO TODOS SOMOS MUY PARECIDOS”

En *Pánico. Diez minutos con la muerte*, la periodista Ana Prieto desmonta los mitos alrededor de estos ataques, narra en clave autobiográfica su experiencia, acude a otras historias para entenderlos y los rastrea desde la Antigua Grecia, revelando que la ansiedad y el miedo no son una invención de la sociedad moderna, ni un problema propio de las clases altas. «¿Qué une a una periodista que en medio

de la vorágine laboral que sintió que moría, a un rugbier que no soportaba escuchar su corazón cuando entrenaba, a una profesora de música que no podía salir a la puerta de su casa y a un panelista de televisión que terminó reptando por las calles de Mar del Plata por temor a que la ciudad se le venga encima? Todos sufrieron ataques de pánico. “El pánico no discrimina”, dice la autora.



JUEVES 25 DE JULIO DE 2013 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

VIENE DE PÁGINA 2

dad del hombre de campo argentino contrapuesta a la del comunitarismo judío.

Por otra parte, con las diferencias que hay en cada vida y, claro, con la profunda creencia de que las vidas no son comparables (cada una es propia de la Creación, diría alguno de los innumerables personajes de Gerchunoff), la colorida descripción de la vida de Alberto Gerchunoff en *estelibrero* me trajo de manera espontánea y reveladora el ingreso de otro escritor memorizable en nuestra vida social y literaria, de otro grandísimo en literatura, Roberto Arlt, sus inicios en la vida activa y en los trabajos manuales, su pasión por saber, su absorción de los saberes populares, la cultura del pobre, del inmigrante, en estas tierras: “De noche, estudia (escribe Ricardo Feierstein sobre Gerchunoff), un amigo le enseña gramática, historia, ciencias. Un compañero de trabajo le presta una vieja edición del Quijote y, junto al perfeccionamiento del idioma, crecen sus ansias culturales. Sueña hacer metódicos sus estudios, dar examen en el Colegio Nacional, acceder a un posible doctorado. ¿Por qué no? Es rápido para aprender, le encanta la lectura, tiene inquietudes, audacia, facilidad de palabra, coraje”. Y en una feliz síntesis de su pensamiento sobre el biografiado, afirma: “A la figura del gaucho, respondió con la del gaucho judío. Al arquetipo de la herencia hispánica, con la lengua del Siglo de Oro español, el legado de las raíces judías sefaradíes y las novelas cervantinas, tronco de toda la cultura española. Y se forjó, además, como un maestro del idioma hablado en la Argentina, incluso por encima de los filólogos nativos más eminentes”.

También, como se ve, Feierstein acude a sus datos de creador y de inventor para armar esta biografía que, como todas, tiene mucho de investigación, de cuidado documental, y algo de ficción. Y que, sobre todo, hace de la figura de Gerchunoff que ha quedado para la historia y las escuelas una vida y un pensamiento mucho más complejo que el que, con sus dudas y venidas ideológicas y políticas, con sus contradicciones, como si para siempre el escritor hubiera estado repitiendo en sus acciones y en su pensamiento lo paradójico del título que lo llevó a la fama.



Un Nuevo Mundo de perfiles borrosos —para unos descubiertos, para otros inventado— se corporiza en el ensayo *La idea de América en el historicismo mexicano*, de Andrés Kozel, quien confronta las obras de José Gaos, Edmund O’Gorman y Leopoldo Zea, “tres de los principales pensadores en lengua española del siglo XX”.

“La idea fue estudiar los modos por los cuales los historicistas mexicanos pensaron América”, alega Kozel, sociólogo argentino con estudios de posgrado en México, como el eje de este libro editado por El Colegio de México: “El historicismo mexicano tiene una rica tradición intelectual, que se remonta a la llegada de los españoles exiliados, como José Gaos”. El libro pone de relieve el papel de Gaos (1900-1969): “Un español riguroso y austero, formado en su país, pero que produjo la mayor parte de su obra en México, donde pensó y escribió sobre América. Fue el maestro de Zea e indirectamente, de O’Gorman”.

Gaos, profundo conocedor de la tradición filosófica occidental, arribó tras la Segunda Guerra mundial a México, donde “escribió que Hispanoamérica podía aportar algo al mundo que se desangraba, y que ese aporte enraizaba en el desajuste entre esa entidad y la experiencia de la modernidad, entonces puesta en crisis por la guerra”.

En relación a la idea de América en la historia, explica Kozel que los cuatro grandes pensadores mayores, América es el único cuyo nombre tiene un origen más o menos claro; el origen de los

# La idea de América

nombres Europa, Asia y África es burroso, se pierde en el fondo de los tiempos, en tanto que Oceanía y Antártida son más recientes y de menor interés desde el punto de vista de la historia cultural”.

“Sabemos—agrega—que América fue bautizada así en 1507 por los cosmógrafos de la Academia de Saint-Die en honor a Américo Vesputio quien, aunque no percibió que se había llegado ‘a América’, sí supo que esas tierras no eran Asia, sino algo que, aunque distinto a la ‘Isla de la Tierra’ (un concepto de la geografía antigua) era parte del ‘mundo’”.

Agrega Kozel que la expresión “América”, data de 1507 pero se impone sobre otras denominaciones —“Indias”, “Nuevo Mundo”, etcétera— más tarde, en la segunda mitad del siglo XVI. Para aún más terreno con las gestas independentistas, para consolidarse en el siglo XIX, asociada al ideario republicano y como contrapuesta al europeo monárquico”.

O’Gorman piensa que adju-

dicarle a Colón el descubrimiento era una distorsión de la historia y sobre ese punto Kozel alega que “Colón no descubrió América, ni inmuyó qué había llegado a unas tierras distintas las del orbe conocido; murió creyendo que eran los confines de Asia, incluso en estar cerca del Paraíso terrenal (escribió a los reyes en 1498); pero la idea de descubrimiento arraigó en el habla colombiana y en el registro erudito”.

Y prosigue: “En su ensayo *La invención de América*—uno de los clásicos mayores de nuestra cultura histórica— O’Gorman propuso la noción de invención como alternativa a la de descubrimiento. Su tesis es que América es una invención de la cultura occidental”.

De aquellos conceptos que se venienen con la idea de América—descubrimiento y/o invención, invención, encuentro, Kozel opta por la imagen del encuentro entre culturas, “una pro-

puesta de Miguel León-Portilla, otro gran pensador mexicano”.

“Decir ‘encuentro’—sostiene—no equivale a presentar una visión edulcorada de un choque tremendamente desigual, con consecuencias devastadoras para los indígenas; la noción busca resaltar que ambas partes jugaron papeles activos. Invención es una idea atractiva pero riesgosa. Y otra noción muy rica asociada a América es la de utopía”.

La idea de “América” en Gaos, Zea y O’Gorman presenta, según Kozel, “semejanzas y diferencias”: “Próximos a la tesis clásica sobre el origen del capitalismo, que lo enlaza al protestantismo calvinista, Zea y O’Gorman pensaron que hay dos Américas porque hay dos historias: por un lado, la de abrazar el mundo moderno y procurar ir más allá de él (la América sajona); por el otro, la del desajuste ante la experiencia de la modernidad (la América ibero o latina)”.

“Mientras O’Gorman partió de una concepción aristocratizante del historicismo, postulando que Iberoamérica debía renunciar a su propio modo de ser para acceder a la modernidad y sus beneficios, Zea defendió una concepción del historicismo como relativismo, denunció el regateo de humanidad ejercido por los pueblos privilegiados y postuló que Latinoamérica debía procurar el acceso a la modernidad sin renunciar a su propio modo de ser”.

Una búsqueda constante de identidad subyace en la concepción de América: “En el siglo XVIII se desató una intensa polémica sobre la naturaleza y la valía del Nuevo Mundo; americanos prominentes—desde los padres fundadores de los Estados Unidos hasta los jesuitas expulsados—dedicaron tiempo y tina para desmontar los prejuicios europeos sobre lo americano”.

Desde ya, las reivindicaciones identitarias incluyen a los ancestros: desde “Eurindia” hasta “Latinoamerindia”, pasando por “Indoamérica”, y llegando hasta “Abayala” (“tierra de los vientos”), diversos actores han buscado el modo de abarcar a los aborígenes. Andrés Kozel: “El renacimiento indígena de las últimas décadas abrió un panorama novedoso en este sentido, que probablemente tenga consecuencias sobre las identidades y sobre la ‘onomástica’”.

Historias que recrean las fantasmas más recurrentes de los chicos o instalan problemáticas de las que la literatura infantil solía quedar al margen, identifican el prolífico registro narrativo de Cecilia Pisos, una de las invitadas más destacadas de la Feria del Libro Infantil y a su vez una de las escritoras que más libros ha publicado en lo que va del año. La autora ha cubierto todas las variables del rubro infantil con

las novedades que llevan su firma en este 2013: mientras el público adolescente sufre a la par de la chica de 16 años que en *Mar cruzada* (Alfaguara) regresa a la Argentina tras un exilio de cuatro años en España, los de la infancia intermedia celebran el invento de las amigas Mia y Morena en el libro *La máquina de hacer los deberes* (Edelvives), donde las niñas planean como sacar provecho de su emprendimiento.



CONTRATAPA

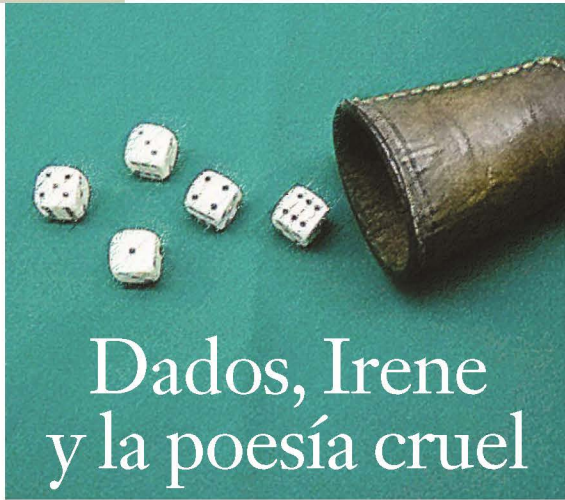
LUIS SOTO

“Una vez, un poco, me casé” –noche brumosa del 1° de julio, Amílcar Rancier habla tratando de ver el cielo por el único ángulo desarbolado de la ventana del bar—. “Duró 8 años. Pero convivir sin problemas, que se dé una hora libre y te escapes con un bolso a la Costanera, figazas de jamón crudo, cerveza y el río, o viendo fútbol, que ella te haga sentir que tiene ganas de entender por qué los jugadores se franean en un córner, eso sólo lo viví con Irene. Sin libreta”. Condenado a pasar revista a sus parejas escucha Juan Morena. “Nunca hice un picnic, ni dormí en carpas” –dice—. “Tampoco encontré una mujer que me acompañe con el fútbol. Que sea pierna, digo, no que se entusiasme y sepa qué es un caño”.

“Escalera servida!”, festeja un tipo con perfil de gallo de niña en una mesa del fondo. El cubilete acaba de volcar su galope y Aniceto se apura a recoger los huesitos. Pero un molleudo de testa rapada, línea musulmanina, le agarra la mano. “Pará: 1, 2, 4, 5 y 6, no es escalera”, denuncia.

En la mesa 4 no repican dados, ni se invocan amores. “¿Qué pasa con los qom?” –planta un miopie de dientes de tálamo—. “Apenas aparecen las tres letras necesito agregar la u que falta. Me sale pronunciar cuom. Es como si yendo por la calle descubriera un agujero en la suela del zapato. De chico, mi vieja lo arreglaba con un pedazo de cartón del lado de adentro. Por la humedad”.

“Candelás” es un barsuchio instalado en un pequeño local con forma de trapezio, mostrador angosto, sin taburetes. Poblado por una decena de mesas muy apretujadas, en el salón no existe una isla de privacidad. Chistes, conversaciones, eructos, algún hueco fugaz de silencio, son compartidos por los clientes en un clima que nadie alcanza a registrar que es promiscuo. Al estallar sobre la chapa de fórmica que cubre las mesas, el cubilete cae como elemento de percusión que no desleñaría Hermeto Pascoal. En una repisa que babea tejas de araña, un obeso televisor alquila de desos y sueños. Cuando le preguntan por el nombre del boliche, el



# Dados, Irene y la poesía cruel

patrón, nacido en Jaen, explica que Luis Candelás fue un famoso ladrón de Madrid. “Nunca usó revólver, ni puñal. Tenía cara de tísico y el andar de Paco Camino, qué torero, dios... El acentillo antes de la s es cosa del gilipoyas de mi cuñado”, completa don Abel. “No llegaste a conocer a Irene. Íbamos al mismo curso de inglés. No es una mina que llame la atención, pero tiene misterio. O tenía. Casi no habla. Un día la miré un rato largo y de pronto vi que el lado izquierdo de la cara estaba menos vivo que el otro. El párpado medio caído, la sonrisa era una mueca” –Amílcar recuerda—. “Nunca fue una parálisis facial. Yo me ligué un brote en el 89. Se lo dije. ‘Afrégoli fue mi parálisis. El que la sufrió se da cuenta’, se franeó que ella es seguida”.

“A vos no se te nota nada. La boca, apenas torcida...”, observa Juan.

“Por la rehabilitación. Tres veces por semana un leñador vas. Amorruto, manazas de naranja, un pan de azúcar, una chicha de cara. Yo repica e hablan de ven

casas. Y zafé. Lo único que no recuperé es el silbido. No puedo fruncir los labios. Silbo para adentro, apagado. Para el bando-nendo sirve. Con el violino no va. El asunto es que Irene lo sintió como una complicidad”.

“Es natural. Los de un mismo palo se juntan: ciegos, gordos, sordomudos...”.

“Discapacitados son los enfermos como vos, Juan, que usan dos o tres celulares para no sentirse solos. A Irene y a mí nos tocó apenas una falla. Segunda selección, como las pilchas. Todo lo demás, al deca. Estás celoso, celoso la cara atrás. Me guardo la otra coincidencia que nos acoeró”.

“¿Alguna prótesis? Gamba de cinc, teta de amianto...”.

“¿Qué me falta?”, consulta el Duce en la mesa del fondo.

“Cuatro, seis, full y generala”, informa el mozo, que palpara la partida. A partir de las 6 el patrón lo deja a cargo de “Candelás”. Con una advertencia: “si hay tremolina, tú eres responsable”.

“¿A qué hora gana el patrón? ¿A qué hora se va a la pobre u y la abandonó en la banquina. Ella reclama su vuelta a la familia. Alguna vez estubo”, fantasea el miopie. Su compañero se prende al juego. “Q y u forman una pare-

ja famosa: Romeo y Julieta, sístole y diástole, ¿oíste hablar de Labruna y Loustau? Nada puede serpararlos. Miré esta foto del monumento ala u. En un libro sobre comunidades indígenas lei que casi todos llevan una u en su nombre. Fenómeno que nadie ha sabido explicar. Quechua, diaguita, charrá, mapuche... Esperá... tehuelche, guaraní, huarpé, araucana...”.

“¿Olvidaste tres, Sebas: colla, toba, ona...”, el miopie boicotea el hallazgo.

“Te lo cuento lo de Irene, total... A los dos nos chupa la sangre una lombriz solitaria”, confiesa Amílcar.

“El gusanito ese que se mete en las tripas?”.

“Sí, señor. Hembra tenía que ser... Llega a medir 10 metros y arma nido en los intestinos de las vacas. Pero no le hace asco a vivir de los hombres. Te la agarra comiendo carne casi cruda. La tipo se manduca todo lo que una traga: churrascos, ravioles, mondongu. Entre cañisha y garroncito a la hora de dormir”.

Mira la relación que construy-

yeron con una parálisis de pañolenci y una yunta de lombrices”.

“Busco el seis, ¿y qué más?”, le toca al Duce.

“Qué buscan esos dos... –reacciona el Aniceto levantando la voz—. ¿Por qué no la paran con las tetas de amianto y las lombrices cañishas? Acá se viene a joder un rato. No está en el servicio de gastroenterología del Tornú”.

“¿Vos te querés? Por ustedes hay que hablar a los gritos aquí. Parece el Tiro Federal... ¿Por qué no sacuden los dados arriba de un mantel, o un diario?”, reclama Amílcar. “Tiene razón el amigo”, apoya Sebas, reivindicador de la u. Como eco inmediato y con infusas de trueno vuela hacia el techo un pedorro ancho, ronco, anónimo. Todos se miran, no hay habibante del Candelás que no quiera saber desde qué mesa se projudio el lanzamiento del coheite.

“¿Quién fue? Que se pare si es macho”, desafía Morena. Mole de 1,90, avanza hacia la mesa de la generala y manotea el cubilete. “Basta de dados. Y si te jode la charla, tondelas”, desafía al aniceto con voz que propicia la pelea. Baja la cresta el Aniceto, nada de ira. Entonces Morena hunde las garras en el cuello del Duce: “Fuiste vos...”, dice. “Sacá los garfios, grandote”, sugiere una voz de peipiedra, detrás de Morena, que no puede ver quién lo amenaza.

“Todo se pudrió al morir Pepe. Cuarenta años hace”, se escucha sentenciara un amigo, con un gorro pasamontañas del que sólo asoma una nariz de tuén.

El mozo retrocede gambeteando mesas. Por falta de espacio, cuando sala la bronca es difícil no ligar una pila o un puntazo. Se para junto a la caja y hace números: desde que fue patrón ha fichado unos 200 pesos, 70 son para él. Don Jerónimo insiste todos los días. “Por lo que te llevas, no me quedaría yo 3 o 4 horas. En este boliche, con un copa de más, ustedes siempre están al borde de la guerra civil. Como los callos y la loería, herencia de España”, machuca. Cuello la quequera blanca el mozo, hurga de bajo del mostrador saca una cachiporra de mango corto, disfrazada de maraca, que bostezaba oculta entre el ramaje de un frondoso plumero. “Otra noche de mierda”, sabe.